

recciones, y que amenazaban todavía á la sociedad con sus tentativas.

Intentóse al principio una reconciliacion; pero Lutero se opuso á ella con todas sus fuerzas.

—Dios ha colocado esta causa,—dijo,—en cierto lugar desconocido á tu retórica y á tu filosofía: este lugar se llama la fé. Bastante hemos hecho dando cuenta de nuestra creencia y pidiendo la paz. ¿A qué viene, pues, la esperanza de convertirlos á la verdad?

Enfureciase al verse detenido lejos de la asamblea, y á duras penas podia vencer el vivo deseo que sintiera de ver *aquella formidable fila de dientes de Satán*.

Pero hasta sus mismos amigos no tardaron en reconocer como él que era vana toda tentativa de reconciliacion.

Pidióse á los protestantes una exposicion de su doctrina.

Malanchton la redactó segun las instrucciones de Lutero, y la presentó á la asamblea.

Aquella profesion de fé iba firmada por cinco electores, treinta príncipes eclesiásticos, veintitres príncipes seculares, veintidos abades, treinta y dos condes y barones, y treinta y nueve ciudades libres é imperiales.

Cárlos V puso fin á las discusiones, intimando á los reformados que renunciasen á sus errores, so pena de ser desterrados del imperio.

Capítulo CIV.

Fin trágico de los anabaptistas de Munster.

Luego que se hubo disuelto la dieta, aterrados los luteranos por las amenazas del emperador, se coligaron en Smaelkcalde.

Apercibiéronse para el combate, fijaron el contingente que cada uno debia aprontar, y se dirigieron á los reyes de Francia, Inglaterra y Dinamarca.

Lutero se disculpó de haber inducido á los príncipes protestantes á formar esta confederacion, lanzando al propio tiempo fuertes recriminaciones á los católicos.

—¿No es verdad,—les decia,—que cuando en Augsburgo los nuestros presentaron su confesion de fé dijo un papista: «Aquí nos dan un libro escrito

con tinta, y yo quisiera que se les contestase con sangre?

»¿No es verdad que el elector de Brandeburgo y el duque Jorge de Sajonia han prometido al emperador cinco mil caballos contra los luteranos?

»¿No es verdad que el elector de Brandeburgo ha declarado públicamente que emperador é imperio emplearian bienes y personas para conseguir su objeto?

»¿No dijo el obispo de Salzburgo á maese Felipe en dieta de Augsburgo? ¿A qué disputar tanto tiempo? Ya sabemos que la razon está de nuestra parte. Vosotros no quereis ceder, nosotros tampoco; es preciso, pues, que un partido extermine al otro. Vosotros sois el más reducido, nosotros formamos el más numeroso; veremos por cuál de los dos quedará la victoria.

Ambos partidos pasaron mucho tiempo en desafiarse y amenazarse; pero reuniólos luego un peligro comun.

Los anabaptistas se sublevaron nuevamente, y se apoderaron de Munster, arrojando de allí sin distincion á católicos y luteranos.

Aquellos sectarios contaban cuatro profetas: dos verdaderos, David y Juan de Leida; y dos falsos, Lutero y el papa; pero aquel más que este.

No le perdonaban las invectivas que habia lanzado contra Tomás Muncer, ni el cuidado con que siempre se habia puesto del lado de la autoridad civil.

Esta secta, que por mucho tiempo fué el espanto de la Alemania, rechazaba toda especie de ley escrita, sustituyéndola con las inspiraciones de sus profetas.

Pretendia además inaugurar una nueva era y borrar hasta el recuerdo de lo pasado; volvía á bautizar á los que abrazaban sus doctrinas; proclamaba la comunidad de bienes, la fraternidad, y más adelante la poligamia.

Juan Bokhold, sastre de Leida, conocido bajo el nombre de Juan de Leida, llegó á Munster en el momento mismo en que los predicadores luteranos habian convertido esta ciudad á su fé.

Se unió á ellas, y trabajó con tanto acierto, que logró convertirlos al anabaptismo.

Diestro, emprendedor y muy favorecido, habia alistado en sus banderas á muchos millares de personas, antes que los magistrados hubiesen concebido el menor motivo de alarma.

El primer viernes de cuaresma de 1534 levantóse en la ciudad un fuerte motin, á consecuencia del cual los anabaptistas triunfantes se apoderaron del gobierno.

Su principal profeta era á la sazón Juan Matias de Harlem.

Despues de este, los más eminentes eran Juan Bokhold, Bernardo Krechting, Gerardo Kippembroch Rotman y Bernardo Knipperdolling.

Crearon una nueva administracion, y llamaron en su ayuda á sus correligionarios para fortificar la ciudad.

En efecto; el obispo de Munster, habiéndose aliado con el obispo de Coloma, el duque de Güeldres y el landgrave de Hesse, se dirigian con tres cuerpos de ejército á sitiar aquella ciudad.

La aproximacion del enemigo despertó el valor de los anabaptistas.

Juan Matías, para dar el primer ejemplo, se puso al frente de un puñado de valientes, é hizo una salida contra la tropa del duque de Güeldres.

Habiendo tenido feliz éxito esta tentativa, quiso renovar su hazaña al dia siguiente con treinta hombres; pero fué muerto en el instante de salir de la ciudad.

Juan Bokhold hizo su oracion fúnebre, y le sucedió en el mando. El obispo, rechazado en un asalto en que perdió cuatro mil hombres, convirtió el sitio en bloqueo, y resolvió tomar la ciudad por hambre.

Entonces el jefe de los anabaptistas se dedicó á organizar el gobierno interior de la sociedad á cuya cabeza se hallaba colocado.

Desde el principio habíanse considerado como bienes comunes los muebles y los viveres.

Juan Bokhold nombró doce jueces para administrar justicia al pueblo, á imitacion de los caudillos de las doce tribus de que habla la Escritura.

Estos jueces estaban encargados de decidir todas las cuestiones y arreglar todos los negocios.

Pero como al cabo de dos meses se hallase que este gobierno era impotente contra las divisiones y

sediciones, resolvió el profeta establecer otro más fuerte.

A consecuencia de una revelacion, proclamóse en ley viva y concentró todo el poder en sus manos.

Un platero de Warendorf, llamado Juan Tuscoscheirer, le ayudó extraordinariamente en este negocio, pues afirmó que, segun la voluntad expresa de Dios, Juan Bokhold debia subir al trono de David, arrojar la espada á los reyes, y extender su dominacion por toda la haz de la tierra.

Hízose, pues, Bokhold rey de la nueva Jerusalem, y á fin de mostrarse digno de llevar la corona de David y Salomon, comenzó por rodearse de una pompa tan deslumbradora como la que acostumbraban usar los reyes.

Los historiadores nos han dejado una larga enumeracion de su séquito, de sus vestidos, de su guardia y de sus trenes.

Habiase casado con la viuda de su predecesor Juan Matías y con otras tres mujeres habiéndose elevado sucesivamente su número hasta quince.

Todas ellas iban magníficamente engalanadas con los despojos de los monasterios.

Defendia la poligamia con el ejemplo de los patriarcas y con aquel versículo de Isaías: *Aprehendent septem mulieres virum unum.*

Acuña base moneda en su nombre. Las piezas, en el anverso, llevaban el busto del profeta rey de Munster, y en el reverso el globo de la soberanía,

atravesado por dos espadas y teniendo encima la corona, con el siguiente lema:

En el poder de Dios consiste mi fuerza.

Acercábase el mes de Agosto, cuando todo el pueblo, excitado por una profecía de Tuscoscheirer, se reunió en la plaza del Cementerio para celebrar la cena.

Habíanse preparado mesas y abundantes víveres para cinco mil personas.

El rey, con sus esposas y oficiales, servía en persona al pueblo.

Después de concluida la cena, habiéndose el rey sentado al extremo de la mesa, empezó á desfilarse el pueblo por delante de él.

El profeta ofrecía á cada uno de los que pasaban un pedazo de pan, diciendo:

—Tomad, y anunciad á todos la muerte del Señor.

La reina, ayudada por dos oficiales, presentaba una copa de vino diciendo igualmente:

—Bebed y anunciad la muerte del Señor.

Finalmente, Juan de Leida subió al púlpito y designó veintiocho personas, á las cuales encargó, señalándoles un itinerario, que fuesen á propagar la nueva doctrina y á invitar á los que se reuniesen en el aprisco del Padre.

Estos hombres caminaron con un valor admirable á la muerte cierta á que se les enviaba. Llegados á las puertas de las ciudades, entraban con la cabeza desnuda y gritando en alta voz:

«Pueblo, conviértete, porque la segur amenaza ya las raíces del árbol.»

Deteniáseles, y cuando eran conducidos ante los magistrados, echaban sus vestidos al suelo, derramaban encima algunas monedas acuñadas con la efigie del rey de Munster.

—Somos enviados,—decían, por el Padre para anunciaros el Evangelio. ¿Quereis recibirlo? Pues traed vuestros bienes para ponerlos en comun. ¿Lo rehusais? En este caso, tomamos á Dios por testigo sobre estas piezas de oro de que vosotros desechais la paz.

Tras estos emisarios envió otros secretamente Juan Bokhold para probar algun golpe de mano.

La mayor parte de ellos murieron desgraciadamente.

Una tentativa, llevada con bastante destreza, y por la cual faltó muy poco para que los anabaptistas se apoderasen de Amsterdam, terminó con una horrorosa carnicería de cuantos habian tomado parte en ella.

Esta terrible catástrofe, que decidía de la suerte de los anabaptistas, era aún ignorada en Munster, cuando la ciudad habia cambiado ya enteramente de aspecto.

Los comestibles se habian hecho escasísimos; al principio reuníase el pueblo dos veces al dia para repartirse el alimento. Ultimamente no se reunía más que una vez, y los víveres se medían con suma estrechez.

El abatimiento iba apoderándose de los anabaptistas á pesar de las promesas de los profetas.

El rey procuró contener con su energía los progresos del desaliento; algunos que se propusieron salir de Munster se detuvieron por sus discursos y su aire amenazador.

Mandó colocar á su derecha la espada que hasta entonces llevaran á su izquierda para significar que despues de tantas calamidades, no ofrecia ya la paz á los enemigos de Dios y que para ellos guardaba tan sólo el filo de su espada.

A dos de sus pajes que fueron detenidos en el momento de fugarse de la ciudad, se les dió muerte de orden suya.

Una de sus mujeres, intimidada por el lúgubre aspecto de la ciudad, habia indiscretamente dejado entrever su desfallecimiento y la poca confianza que le inspiraban las predicciones de los profetas.

Juan Bokhold, para borrar la profunda impresion que sus palabras hicieron en el ánimo del pueblo, la llevó por sí mismo á la plaza del Mercado, y allí, rodeado de todas sus mujeres y del boato de su córte, la mandó poner de rodillas y le derribó la cabeza con la espada sagrada.

Entre tanto el pueblo, en el ímpetu del entusiasmo, cantaba el *Gloria in excelsis*, y el mismo rey se puso á dirigir la ceremonia con toda su comitiva y en medio del ruido de los coros, bailando como David delante del arca del Señor.

Pero todos estos esfuerzos no bastaban á impedir

que el hambre y el desaliento cundieran por la ciudad, cuya poblacion se vió luego reducida á los mayores apuros.

Por fin, una traicion introdujo al enemigo en la plaza. Juan Bokhold, cogido vivo, expuesto á los más horribles tormentos, conservó su fuerza hasta el último instante.

Así acabaron los anabaptistas de Munster. Lutero se mostró ménos duro con ellos que con Tomás Muncer: sin duda su moderacion fué efecto de su seguridad, habiéndole puesto al abrigo de toda sospecha de complicidad aquel mismo encono que habian manifestado contra él aquellos fanáticos.

En un viaje que hizo á Emsleben para reconciliar á los condes de Mansfield, murió repentinamente el dia 17 de Febrero de 1546.

Por este tiempo, el protestantismo habia llegado en Alemania al apogeo de su desarrollo teológico. Sólo le faltaba completar su organizacion, y disciplinarse y obrar como poder político; y así lo hizo con efecto en las guerras que sostuvo contra Carlos V, y señaladamente en la de treinta años.

Un acontecimiento tan importante como la reforma, un acontecimiento que debia cambiar la faz de la Alemania y de la Europa, no puede mirarse como obra de un solo hombre.

Pero seria igualmente injusto negar á Lutero la gloria de haber desplegado un carácter, un talento y una fé, cuya reunion era capaz de llevar sus doctrinas á una pronta madurez.

No puede negarse que hubo en la vida del reformador felices casualidades, ocasiones favorables; pero es muy digno de alabanza por haberse aprovechado de todos los medios que la suerte le presentó.

Guióle siempre una inspiración más segura é infalible que los cálculos mejor combinados.

La pureza de su vida doméstica, la franqueza de su carácter y su constancia, son dotes reconocidas hasta por sus mismos adversarios.

Poseyó la elocuencia que arrastra á los pueblos, y en la propagación de sus doctrinas manifestó casi siempre la circunspección, el tino y la firmeza de un hombre de Estado.

Su imaginación era ardiente; pero fué constantemente esclava de una razón sólida y de un talento positivo y previsor.

Tuvo la verdadera inteligencia de la autoridad y el conocimiento de la libertad.

Ningun hombre ha ejercido una influencia tan decisiva en los destinos de su patria como Lutero en los de Alemania.

No sólo abrazó en sus doctrinas la antigua tradición alemana, sino que con su traducción de la Biblia levantó el primero é indestructible monumento de la lengua nacional; y lejos de despreciar las artes; como hicieron algunos de los teólogos que vinieron tras él, las honró siempre y ensalzó su ejercicio.

Capítulo CV.

Prosigamos el curso de los sucesos.

Después del inaudito crimen cometido en el palacio del Duque de Béjar, que dió por resultado para este la pérdida de su querida hija Blanca y para Hernan Cortés la de una de sus más dulces ilusiones, la tristeza reinaba en aquella morada, teatro pocos días antes de la más entusiasta alegría.

El padre Melgarejo llenaba cumplidamente los deberes de su sagrado ministerio, prodigando los inefables consuelos de la religión, tanto al bueno de don Alvaro como al ilustre héroe de nuestra historia.

La situación en que se encontraba este era verdaderamente lamentable.

Postrado en cama, pasó más de dos días sin querer tomar alimento, fué preciso de toda la influencia

que sobre él ejercía el venerable sacerdote para que procurara distraer sus penas.

El conde de Aguilar y su hija tomaban parte en el dolor de Hernan Cortés.

Fray Pedro, que conocia los buenos sentimientos del conde, se atrevió un dia á decirle:

—Nuestro ilustre huésped, como veis, adelanta poco para recobrar la tranquilidad perdida.

—Rudo ha sido el golpe que ha sufrido.

—Yo creo, sin embargo, que no debemos perder las esperanzas de llevar consuelos á su alma.

—Difícil lo veo.

—No tanto, si vos me ayudais.

—¿Podeis dudarlo?

—No, y por eso me he dirigido á vos.

—Hablad, pues.

—Me parece que si lográsemos hacer abandonar á Cortés esta casa, que naturalmente ha de evocar en él tristes recuerdos, adelantariamos mucho.

—Soy de la misma opinion.

—La súplica que me permito haceros es que le lleveis en vuestra compañía.

—Seria mi mayor deseo; pero desde luego preveo que no querrá separarse de don Alvaro, dejándole entregado á su dolor.

—Si vos le invitais á visitar vuestro castillo y él no accede, yo le haré ver que considerais un desprecio su negativa, y ante esta consideracion ya vereis cómo acepta vuestro ofrecimiento.

—El plan es excelente.

—A mi juicio lo que conviene es ponerle en práctica cuanto antes.

Quedais atorizado para obrar en este asunto con completa libertad. Mi casa, cuanto tengo, mi persona todo lo daria por bien empleado con tal de sacar al ilustre conquistador de Méjico de la triste situacion en que se halla.

El conde de Aguilar y Fray Pedro Melgarejo se despidieron.

Un momento despues decia el sacerdote á Cortés:

—Amigo mio, voy á pedir os un favor, que si me le otorgais será grande mi gratitud.

—Le teneis concedido de antemano.

—Ved lo que decís, porque tal vez os arrepintais luego.

—¿De qué se trata, mi buen amigo?

De una cosa muy sencilla, y que ha de redundar en vuestro provecho.

—Agradezco vuestro buen deseo; pero las desgracias que sobre mí pesan me hacen odiar la vida. ¡Pluguiera al cielo disponer de mis dias!

—Grande es la prueba á que la providencia os ha sometido; pero por lo tanto más grata será á los ojos de Dios la resignacion que mostreis en este terrible trance. Sed razonable y disponeos á obedecerme, que no he de mandar nada que os pueda perjudicar.

Fray Melgarejo le expuso sus designios de que acompañase al conde de Aguilar á su castillo, y aunque el ilustre Hernan Cortés se negó al principio, accedió por fin con gran contentamiento de todos.

El mismo duque de Béjar se alegró en extremo, no sólo porque creía que aquel viaje atenuaría algo los sufrimientos de su amigo y yerno, sino que, para dar rienda suelta á su dolor deseaba quedarse solo.

Al día siguiente se pusieron en camino el conde de Aguilar, su hija y Hernan Cortés.

La despedida que este tuvo con don Alvaro fué en extremo conmovedora.

Permanecieron abrazados algunos minutos, y después se estrecharon la mano sin proferir la menor palabra.

Bien es verdad que las frases más elocuentes no hubieran podido expresar lo que en aquel momento sentían sus corazones.

Don Alvaro exclamó por fin:

Habia creído en la felicidad, y hasta me habia dejado mecer por ella. Indudablemente no debia disfrutarla, cuando Dios me ha arrebatado á mi Blanca. Este enlace coronaba toda mi ambicion; lo que siento es no tener otra hija que ofreceros.

Hernan Cortés quiso contestar á estas sentidas palabras; pero la emocion ahogó la voz en sus lábios.

Estrechó de nuevo la mano del padre de su desgraciada esposa, y en seguida montó en el caballo que habia preparado al efecto.

Los viajeros partieron.

Cuando desaparecieron de su vista; exclamó el infortunado don Alvaro:

—¿Qué me queda en el mundo, Dios mio! Hernan Cortés, aunque profundamente afectado por la

pérdida que lamentamos, se consolará con el tiempo, y hasta quién sabe si reemplazará en su corazón á mi hija Blanca. Pero á mí. ¿qué esperanza puede alentarme?

Y entrando de nuevo en su palacio, se dejó caer en un sitio, en el que permaneció largo rato entregado á su acerbo dolor.

Fray Melgarejo, que como sabemos, no se separaba un instante del duque, sufría tambien lo que no es decible, porque veía en su rostro esas terribles huellas que anuncian el extravío de lo razon.

Sigamos ahora al paje Ramiro, quien después de asesinar alevosamente á Blanca, abandonó la casa teatro de aquel horrendo crimen.

Con la zozobra, con el temor, con el remordimiento del que comete una mala accion, corrió á reunirse con la gitana.

Esta, al notar la agitacion que se pintaba en su rostro:

—Por lo que se vé,—le dijo,—has despachado ya la mision que te confíe.

—Sí,—contestó Ramiro.

—Perfectamente. Ahora sólo no resta consagrarnos á nuestro amor. ¿Y cuánto, cuánto dinero has podido traer?

—No me ha sido posible, con la precipitacion con que he huido, coger una sola moneda.

La gitana hizo uu gesto de disgusto.

—Mal estamos, pichon mio, y yo retiro la palabra que te habia dado.

—¿Tendréis valor para abandonarme en la situación en que me encuentro?

—¿Y qué hacer?

—Al menos proporcionadme un lugar donde me halle al abrigo de las persecuciones de los cuadrilleros.

—Difícil es eso; para burlar á la justicia hay que comprar la fidelidad de algunas personas, y cuando la bolsa está vacía...

—¡Oh! ¡Me habeis perdido miserablemente! ¡Maldición sobre mí, que he sido tan crédulo!

La gitana se acercó á Ramiro, y cogiendo sus manos y contemplándole de una manera que hizo ruborizar al mancebo:

—Amándote con delirio como te amo, ¿crees que no habia de procurar salvarte?

—Por Dios, no perdamos tiempo. Mi señor el duque goza de gran influencia; por otra parte, la categoría de mi rival hará que la justicia redoble su vigilancia; huyamos cuanto antes, porque una voz secreta me dice que me amenaza un grave peligro.

—Cierto es, pero no basta que yo desee salvarte, si tú no pones algo de tu parte.

—Estoy dispuesto á todo. ¡La vida es tan amable!...

—Y con una compañera que te idolatra mucho más,—añadió la gitana con una sonrisa que aumentó su asquerosa fealdad.

El criminal paje se arrepentia cada vez más del

paso que habia dado; pero ya no le era posible retroceder.

No pudiendo sustraerse á la fatal influencia de aquella mujer:

—Repito que estoy pronto á todo,—dijo,—mandad y obedeceré.

—¿Mandar yo, cuando soy tu esclava?

—Vamos, concluyamos; ¿qué tengo que hacer?

—Una cosa muy sencilla.

—¿Cuál?

—No lejos de los montes hay una partida de bandidos con cuyo jefe me unen muy buenas relaciones.

—¿Y bien?

—Que si yo os recomiendo, podeis formar parte de la banda.

—¡Ah! Eso nunca.

—¿Por qué?

—Porque mi conciencia no me lo permite.

—¡Tá, tá, tá! ¿Escrúpulos ahora, cuando no habeis vacilado en cometer un asesinato con premeditación y en una persona indefensa?

Ramiro quedó anonadado bajo el peso de esta terrible acusación; pero reponiéndose:

—Teneis razon,—dijo;—presentadme hoy mismo á ese jefe de bandidos.

—Con mil amores; y sino me engañan mis cálculos, os aseguro que hareis fortuna á su lado.

Un instante despues se ponian en marcha hácia los montes, perdiéndose en infinitos desfiladeros, tan apropósito para burlar la vigilancia de la justicia: